

LA IGLESIA DE SANTA ANA, DE JERUSALEN

APOSTILLAS A UNA HIPOTESIS DE TORMO

Cuando en 1923 don Elías Tormo presentaba al III Congreso de Historia de la Corona de Aragón su estudio acerca de la catedral gótica de Valencia, traía a colación, para el estudio de algunas de sus características, una iglesia oriental: Santa Ana, de Jerusalén, que él no había visto aún, ya que su viaje a Tierra Santa, del que dejó una deliciosa y anacolutica descripción en su *Postales del Peregrino*, sólo ocurrió entrados los años treinta. Casualmente preparaba yo la marcha a Palestina a causa de un viaje de estudios cuando tuve conocimiento de su publicación y de su teoría (1). Una vez en Jerusalén, una de mis primeras visitas fue a Santa Ana, y fue también el comienzo de una larguísima relación que se prolongó a lo largo de toda mi estancia allí.

El tema resultaba cautivador, y repetidas veces ha danzado en mi mente con opiniones contrapuestas. Unas veces veía clara, evidente, la hipótesis de Tormo; otras no conseguía conciliarla. Di muchas vueltas al problema, y al fin me he decidido por una solución, quizá la menos comprometida, pero quizá también la más positiva en el estado actual de mi estudio: proporcionar una serie de datos objetivos, así como refrescar en las memorias el texto de don Elías. A partir de ahí, que cada cual forme su propia opinión. Si resulta un poco dura la relación entre ambos monumentos, no hay que olvidar que ya el mismo Tormo, al levantar la caza, lo hacía constar, y no cesa de admirar su aguda visión y sus tan certeros juicios. Su prudencia y su documentación resultan a una asombrosas, y creo que es útil, que nos es útil, a quienes hoy nos iniciamos en estos temas el meditar sobre el método riguroso de un hombre tan avezado a estos estudios, que nos marca una pauta, inconclusa, hoy en nuestras manos. Sobre estos criterios parto al comenzar esta noticia.

Decía Tormo (2) que la incógnita de la catedral de Valencia, que se había escapado a Lampérez y a los anteriores investigadores, se le había hecho luminosa leyendo a Choisy. Nos describe los problemas planteados por la catedral, que en lo referente al tema de que trato son los que presenta, en sus propias palabras, «la contextura general del templo, la economía de su armazón óseo, la resolución de sus problemas constructivos». El

punto central de la cuestión se halla repartido entre tres razones: la planta relativa de la nave central y de las laterales, la escasa diferencia de alturas entre naves, y su cubrición, y el complejo paso de unas naves a otras a través de unos arcos de poca flecha en relación a la gran luz, fruto de la segunda premisa.

La catedral de Valencia tiene cada uno de los tramos de la nave central, de planta cuadrada, frente a la forma más común, algo chata en el sentido anteroposterior, de los otros ejemplos góticos. La razón, como Tormo aclara, está en que mientras en estos últimos quien manda es el tramo de la nave lateral, que se evita que sea alargado, y así, al hacerlo cuadrado, fuerza a que los de la nave central, más ancha, queden oblongos, herencia de formas románicas, en nuestra Catedral mandó la nave central, con tramos cuadrados, y fueron los laterales los que necesariamente hubieron de ser alargados, en el sentido de la dimensión mayor del templo.

La diferencia de alturas entre ambas naves, central y laterales, enlaza con lo que al parecer fue complicado problema para los autores anteriores y que Tormo vio claramente, sin la ayuda que representa hoy para nosotros el poder contemplar a simple vista uno de los arcos primitivos de la nave, desnudo de su desagradable revestimiento neoclásico, y que si bien contribuye a desastrar aún más aquella no muy bella fábrica, resulta sobremanera interesante por la posibilidad de estudio de las viejas estructuras de la metropolitana valentina. En efecto, lo que intuyó Tormo por debajo del estucado se revela real ahora: un arco apuntado muy abierto da paso de la nave central a la lateral, y el paño de muro de la nave central que queda por encima de estos arcos, hasta el formero, afecta la forma de una media luna con los cuernos para abajo, media luna apuntada, es cierto.

Con estos datos, que en gran parte había intuido por debajo del atroz estuco y de las líneas desfiguradas que presentaba el edificio, buscó los paralelos y los orígenes de una forma constructiva que aparecía tan extraña. Y fue entonces cuando dio, en Choisy, con Santa Ana, de Jerusalén.

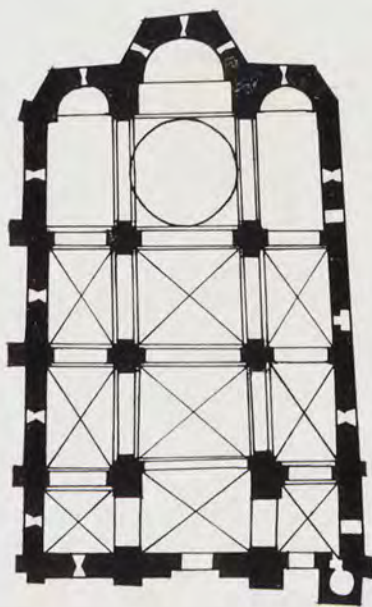
La iglesia de Santa Ana, de Jerusalén, obra cruzada, tiene una larga historia que se remonta a los primeros tiempos del cristianismo y de cuyo devenir nos queda hoy la prueba en el bello edificio románico que, restaurado, se conserva. El lugar, citado ya en el Nuevo Testamento como el de la piscina de los cinco pórticos, en el que la investigación arqueológica reciente —aún están en curso las excavaciones que realizan los Padres Blancos del seminario melkita— ha reconocido un Asklepieion

(1) Por mediación de D. Felipe M.^o Garín, que por entonces preparaba un estudio sobre Tormo y me proporcionó el artículo, del que pude tomar notas para comprobarlas *in situ* y que ahora me ofrece la oportunidad de dar a la luz este comentario, sugerido por él.

(2) E. TORMO, *La catedral gótica de Valencia*, «III Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Actas y Memorias», vol. 1, pp. 1-36. Valencia, 1923.

o templo de Esculapio, fue consagrado en época bizantina por la erección de una basílica: Santa María de la Probática, edificada sobre el andén central de la piscina. A la llegada de los Cruzados sólo ruinas se advierten en el lugar, y de acuerdo con las dos memorias básicas del sitio: la curación del paralítico y la casa natal de Santa María, edifican dos iglesias de las que tan sólo se conserva la segunda y unos escasos restos de la primera. Es aquélla la que interesa a nuestro objeto y a ella me referiré. Construida a fines del siglo XI o principios del XII, en 1192 Salah-al-Din (el Saladino de nuestros libros) la convirtió, conquistado Jerusalén por los musulmanes, en escuela (madrasa) de teología islámica. El edificio arrastró una vida lánguida y ruinoso a partir del siglo XV, en que cesó de funcionar la escuela, y no sirvió de nada el esfuerzo de un pachá de Jerusalén que quiso restaurarla en 1842 añadiéndole un minarete. Tras la guerra de Crimea el sultán turco cedió a Francia en propiedad el monumento, que fue estudiado y restaurado en su línea primitiva, tal como hoy lo admiramos, por el arquitecto Mauss. A partir de entonces se entregó a los Padres Blancos, que dirigen el seminario melkita (de los griegos uniatas) que continúa funcionando. La restauración, a juzgar por lo que de ella dicen algunos contemporáneos, verbigracia el P. Vincent en la *Revue Biblique*, es de admirar por el cuidado puesto en su ejecución y por el rigor arqueológico con que fue llevada a cabo. De hecho, hoy produce una extraordinaria e inolvidable impresión de belleza y autenticidad.

El edificio tiene una planta sensiblemente trapezoidal, como puede apreciarse en el plano, con tres naves



Plano de la iglesia de Santa Ana, de Jerusalén.

terminadas por tres ábsides semicirculares al interior y poligonales al exterior, con tres ventanas de arco apuntado el central y con una cada uno los laterales. De las tres naves, según la tradicional ordenación, la central es algo, no mucho, más alta que las laterales, y todos los arcos, tanto formos como fajones, así como los que de la nave central dan acceso a las laterales, son apuntados, bien que muy amplios de luz con respecto a su flecha, lo que los hace aparecer como algo levemente achatados.

Se apoyan en pilares de planta de esquema cruciforme, complejo, que se convierte en un cuadrángulo cuyos lados son quebrados en lugar de rectos por las repetidas aristas en que apoyan capiteles o arcos. Las bóvedas de las tres naves son de arista, y en el crucero los brazos laterales van cubiertos con una bóveda proyección del arco apuntado que les da acceso, mientras que el crucero propiamente dicho se cierra por una cúpula que presenta al exterior un tambor poligonal y que está sostenida por pechinas en el interior.

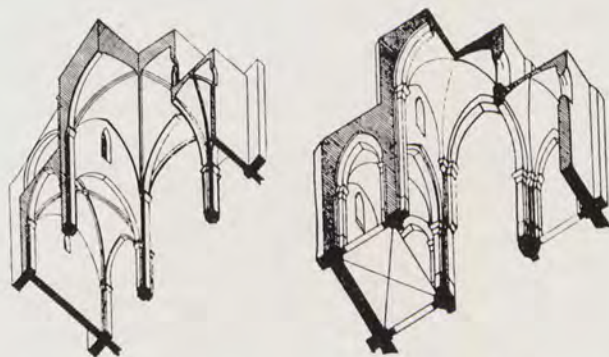
El conjunto resulta de una sorprendente sobriedad y desnudez que valoriza más la belleza y armonía de la traza y la pureza de sus líneas, a las que da gracia la disimetría frecuente que vamos hallando en todo el edificio. Aún acusa más esta sencillez lo escaso de la ornamentación, que se reduce en el interior a algunas ménsulas y unos pocos capiteles, de talla basta, que representan un buey y una cabeza humana, símbolos de San Lucas y de San Mateo; dos sandalias enlazadas por un rollo, un barrilete, estilizaciones varias de volutas y de lenguas o de hojas de acanto, ya irreconocibles, y unas figuras de animales deformes en los capiteles que soporta el arco de la ventana central del ábside de la nave mayor.

Lo mismo sucede al exterior, en que la limpieza de la línea no está turbada por ornamentación alguna, salvo una franja jaquelada que corre por encima del arco de la puerta principal, y la arquivolta externa de la misma, decorada con rombos. El propio tímpano es liso, y hoy se halla alegrado por una inscripción árabe que allí puso Salah-al-Din conmemorando el nuevo empleo que dio al edificio.

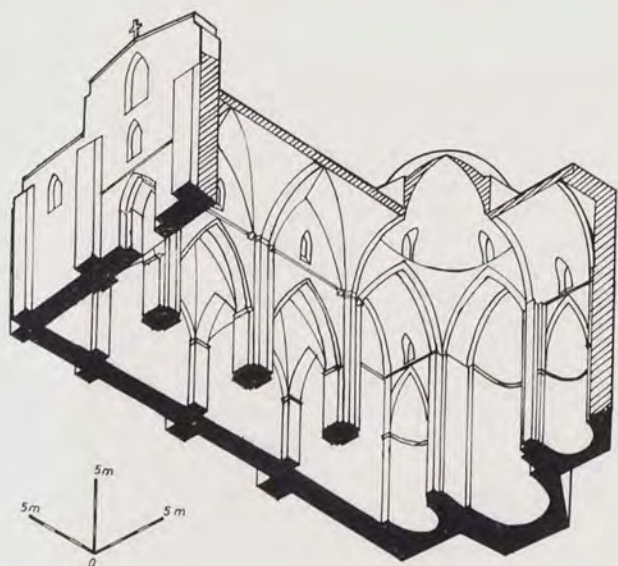
* * *

Veamos ahora el núcleo de la cuestión, el motivo de este artículo. Los parentescos posibles con la catedral de Valencia y el análisis de las relaciones. Además de la lámina comparativa que reproduzco de Tormo he construido una proyección isométrica simplificada de la totalidad de Santa Ana, que permita al lector hacerse una idea más o menos clara del conjunto del edificio.

Nos hallamos, en efecto, ante dos edificios de grandes semejanzas. Preparando esta nota hice varias veces,



Comparación de la Catedral gótica de Valencia y la iglesia románica de Santa Ana, de Jerusalén (según Tormo).



Proyección isométrica simplificada de la iglesia de Santa Ana, de Jerusalén.

con distintas personas ajenas por entero a la cuestión, la prueba de presentarles fotografías o la perspectiva de Santa Ana, con la pregunta ¿qué te recuerda?, ¿a qué se parece? La encuesta resultó provechosa. Y con frecuencia, al aclarar yo la razón de la pregunta, había exclamaciones de sorpresa por el parecido. La baja altura también de Santa Ana, la semejanza de la relación de proporciones entre la nave central y las laterales en ambas, la cúpula sobre el crucero, el uso de arco apuntado, los gruesos pilares de sustentación, la forma de iluminación de la nave central; todo nos hace saltar en la mente de una a otra.

Evidentemente hay diferencias. Y su raíz está, como ya apuntaba Tormo, en el hecho de ser el uno un edificio románico y el otro un edificio gótico, además de hallarse separados por más de un siglo en la cronología. Por supuesto, la cabecera es fundamentalmente distinta; la curiosísima girola de Valencia es en el ejemplo jerosolimitano tres ábsides desiguales, de los que el central, lógicamente, es mayor, y que además se ve ampliado por un gran arco que le antecede y que le da mayor profundidad. Es la estructura clásica de la cabecera, heredada de la antigua tradición oriental, con el altar central, la próthesis a su derecha y el diakonikon a su izquierda. Pero, aparte de esto, ya no quedan distinciones llamativas.

En cambio, los enlaces son notables. Además de los que señalé hace un momento hay los indicados por Tormo: la bóveda de aristas de Santa Ana, de idéntica traza, sólo que nervada en Valencia; los contrafuertes de la nave central y de las laterales, independientes en Jerusalén y en la catedral unidos por arbotantes, y sobre todo, la solución curiosísima de las techumbres, planas en ambos monumentos.

Es quizá esta última característica la que resulta más reveladora y más interesante. La escasa diferencia de

altura entre las naves laterales y la central, que como se ha visto es una de las notas individuantes más particular de ambos monumentos, dificultaba la iluminación de la nave central si se piensa en un orden normal de cubiertas, llamando normal a lo que es más común. Pero tanto Santa Ana como la catedral resuelven el problema de modo semejante a como lo hicieron viejos ejemplos de arquitectura arquitebada, desde Karnak en su sala hipóstila, hasta las basílicas romanas clásicas. Las cubiertas casi planas de las naves laterales, apenas merman pared de la nave central, sobresaliente, en su parte más alta que apoya en aquélla. De este modo se pueden obtener ventanas en el cuerpo central que se rasguen hasta casi la altura del extradós de la clave de las bóvedas de las naves laterales, que como sabemos quedan algo más altas que la clave de los arcos formeros de la nave central, razón por la que la pared de ésta, desde el arco hasta la bóveda, adopta aquella forma de media luna con los cuernos hacia abajo que Tormo considera tan representativa de los dos monumentos. La iluminación conseguida es clara, y sobre todo en el ejemplo jerosolimitano, poco común en una iglesia románica de pequeñas dimensiones como es aquélla. Hoy una y otra iglesia son bastante oscuras: Santa Ana, por el empleo de unas espesísimas celosías geométricas, estrelladas, de piedra, que tamizan considerablemente la luz externa; Valencia, porque la reforma posterior de las techumbres, pasándolas de terrazas a dobles vertientes, desequilibró completamente la idea primitiva. Creo que no es precisa la subida al *Micalet* para comprobar el aspecto primitivo: basta dar una ojeada al hastial de la puerta de la Almoina para ver como es distinto el aparejo y hasta el color de la piedra del frontón superior al resto de la obra y como la línea de división nace recta en los mismos extremos del frontón. Todo aquel triángulo es un claro añadido, con su ventanita y su garrucha. Pero si subimos al campanario y contemplamos el complejo de las techumbres nos llamará la atención lo que ya señaló Tormo y que yo he intentado recoger en una fotografía: los jerieques y remiendos que hubo de hacer el autor de las nuevas techumbres para no privar de luz el interior del templo. Los tejados se cortan antes de llegar al cimborio, pues de seguir su línea cubrirían a medias cuatro de las ocho caras de éste, y las ventanas, emparedado todo el tímpano para acomodarlas al gusto neoclasicizante y perdiendo, por tanto, al menos un tercio de su superficie útil, se hunden en unos a modo de escotillones, protegidos por tejadillos volados, ya que la nueva línea de tejados, de haber seguido su trazado, mermaba la mitad inferior de los huecos. Cualquier observador puede advertir esto al exterior de la catedral mirándola ante la fachada principal desde la plaza de la Reina.

* * *

Y así nos encontramos, después de una rápida ojeada a las concomitancias y a las diferencias entre ambos templos, conducidos por la mano de Tormo, con la misma duda que manifestaba al principio. Ciertamente

hay parecidos considerables, hay identidades turbadoras, que se sobreponen, con mucho, a las diferencias. Pero ¿qué significa todo esto?

En mi impresión hay dificultades serias a una relación directa. En primer lugar, la geográfica y la cronológica. Es mucha la distancia, que se alarga cuanto más retrocedemos en el tiempo por lo arduo de los viajes, y es notable la diferencia de fechas. Desconozco, y sospecho que se desconoce, el mecanismo de transmisión de ideas arquitectónicas en los áureos períodos medievales. Una elemental lógica lleva a pensar que era la visión directa y el cuaderno de notas del maestro alarife los que permitían estos trasplantes de soluciones constructivas. Nada empece —es cierto— que el arquitecto que trazó el esquema estructural de la seo valentina hubiera visto el monumento jerusalmita, bien que, estando ya la ciudad santa en poder islámico, sólo con dificultad podía visitarse por los peregrinos en aquellas calendas. Pero tampoco hay nada que se oponga a que jamás hubiera visitado los Santos Lugares. Y aun esta segunda hipótesis es más plausible, dadas las circunstancias del momento. Evidentemente, hay la posibilidad de que la idea hubiese llegado antes al occidente y tuviese una cierta tradición. No puedo juzgar acerca de esto, pero pienso que el fino olfato de Tormo habría venteado algo si tal hubiera. Y su silencio es un argumento más en favor de la hipótesis contraria.

Si la importancia de la memoria venerada del lugar del nacimiento de Santa María influyó en los constructores del templo valenciano, dedicado a la Asunción, es materia muy opinable. Y si sin pecar de excesivamente píos ni tampoco de lo contrario se puede afirmar como muy probable, no es por ello menos cierto, que esta mera devoción no explica relación arquitectónica alguna. ¡Cuántas otras iglesias y catedrales dedicadas a la Madre de Dios no se inspiraron en nada semejante!

Por otra parte, algo que podía parecer engañoso y sugestivo a nuestros ojos, las características que convierten el románico del templo jerosolimitano en premonición del gótico: arcos apuntados, bóveda de arista, tienen, a mi entender, explicación muy diversa. Y afirmo esto porque mis primeras sensaciones, apenas llegado allá, al contemplar la abundancia de ambas características arquitectónicas, fueron por las vías fáciles. Me sorprendía el hallar constantemente en mis paseos por la vieja Jerusalén, construida con tan bella sillería toda ella, arcos apuntados. Más tarde tuve ocasión de visitar casas particulares, laberinto inextricable de patios, galerías y deliciosos cuartitos de bajo techo, abovedados ¡con bóvedas de arista! Mi impresión inicial fue: ¡Qué vigor tuvo la época cruzada y la construcción europea! Pero a medida que pasó el tiempo y fui perfilando conceptos y analizando imágenes, a medida que fui conociendo nuevos libros y nuevos monumentos, penetré mejor en el mundo arquitectónico que tanto me había turbado. Y hube de cambiar de ideas. No podría apoyar mis razonamientos en hechos críticos. Mis estudios allá eran muy otros, y el sumergirme en los problemas del arte medieval oriental no entraba en mis planes. Era



Tejados de las naves y cimborio de la Catedral de Valencia

tan sólo un diletantismo, un cambiar de campo de estudio, para descansar y para gozar en problemas de diversa índole de los que me preocupaban entonces. Pero algo se me fue haciendo evidente: desde la más vieja tradición arquitectónica cristiana de Siria, los arcos apuntados, las bóvedas de arista, tenían arraigo autóctono en el país. No hace falta citar ejemplos, no es esto un tratado, antes bien un traslado de impresiones fugaces. Pero creo que la vía que conduce a las formas constructivas de Santa Ana es explicable sin necesidad de recurrir a Europa.

¿Qué concluir de todo ello? No es mucho el avance obtenido. No me puedo atrever a expresar un juicio, casi ni siquiera a formarlo, cuando la documentación no proporciona más que lo que se ha visto. He intentado solamente ofrecer, reavivados, materiales e hipótesis un poco lejanos que por feliz ocasión me ha sido dado ver reunidos. Es en cierta manera un rendir homenaje a quien todos debemos tanto y un recuerdo de las muchas deliciosas horas pasadas en la penumbra de Santa Ana, embebiéndome de su belleza, analizando sus formas, mientras sonaba la música exultante de la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo.

ENRIQUE A. LLOBREGAT